

Froylán Turcios (1874-1943) y el modernismo en Centroamérica

José Antonio FUNES

Universidad Nacional Autónoma de Honduras
Director de la Biblioteca Nacional de Honduras

RESUMEN

El modernista hondureño Froylán Turcios (1874-1943) fue uno de los escritores mejor formados y mejor informados de su tiempo. Destacó como director de revistas, animador cultural, periodista y diplomático. En el contexto hondureño sobresalió al lado del poeta Juan Ramón Molina (1875-1908), con quien asistió a la Tercera Conferencia Panamericana de Río de Janeiro (1906). Allí los hondureños conocieron personalmente a Rubén Darío, con quien trataron y fue el comienzo de una amistad más estrecha. En el artículo también se aborda la relación de Turcios con otros escritores centroamericanos algunos de ellos olvidados, pero igual de importantes en el modernismo de la región: Rafael Ángel Troyo, de Costa Rica; Arturo Ambrogí, de El Salvador; Rafael Arévalo Martínez, de Guatemala.

Palabras claves: Froylán Turcios, modernismo hondureño, modernismo centroamericano, Rubén Darío.

Froylán Turcios (1874-1943) and Modernism in Central America

ABSTRACT

Honduran Modernist Froylán Turcios was one of the most educated and informed writers of his time. He was known as a director of magazines, an organiser of cultural events, a journalist and a diplomat. In a Honduran context, he stands out as a poet alongside Juan Ramón Molina (1875-1908), whom he accompanied to the Third Pan-American Conference which was held in Río de Janeiro in 1906. It was there that these two Hondurans met Rubén Darío, in what was to be the beginning of a close friendship. The article also considers Turcios' relations with other Central American writers, some of them forgotten, but all of them important figures in the Modernism of the region: Rafael Ángel Troyo, from Costa Rica; Arturo Ambrogí, from Salvador; Rafael Arévalo Martínez, from Guatemala.

Key words: Froylán Turcios

Sumario: 1. El modernismo en Centroamérica. 2. Froylán Turcios y Rubén Darío. 3. La gran amistad con Rafael Arévalo Martínez. 4. El modernismo en Honduras. 5. Juan Ramón Molina.

1. EL MODERNISMO EN CENTROAMÉRICA

El modernismo entró en Centroamérica por la puerta grande. Era esperable que ante un modelo cercano como Rubén Darío, fueran muchos los escritores de

la región que se sintieran motivados por esa nueva tendencia literaria. Como bien apunta el crítico costarricense Napoleón Pacheco, «Darío fue quien rompió la tradición seguida por algunos prosistas y poetas de segunda fila, que cantaban lugares comunes románticos en la manera española»¹; aunque desde años atrás los periódicos daban a conocer los trabajos de José Martí, Julián del Casal, Manuel Gutiérrez Nájera y José Asunción Silva². No obstante, no fue propiamente la actividad literaria o la periodística lo que caracterizó a la mayoría de los escritores finiseculares centroamericanos. Muchos de ellos se vieron comprometidos en cargos públicos y algunos también envueltos en las frecuentes guerras civiles de sus países. Como literatos, ya se sabe, su lugar era casi nulo ante una sociedad donde la consigna era enriquecerse ante la cada vez más creciente actividad comercial con que estos países trataban de insertarse en la gran demanda del mercado mundial y el interés por la modernización. A este respecto, Rafael Gutiérrez Girardot define muy bien la posición social del escritor en ese tiempo:

Aunque, además de maestros o periodistas, otros hombres de letras fueran abogados o médicos que no ejercieron su profesión o pertenecieron al servicio diplomático, su actividad literaria no era, como en épocas anteriores, la que aseguraba su posición social, el arte «ya no era la más alta expresión de los menesteres del espíritu», y su actividad era efectivamente marginal³.

En este contexto, es el periodismo, más comercial que formativo, el campo que queda reservado a los escritores para ganarse la vida. Consecuentemente al prestigio logrado en la actividad periodística, el escritor también se convertía en un personaje público, apetecido tanto por los políticos como por los caudillos revolucionarios. Es así que, para el caso de Honduras, escritores románticos como Jerónimo Reina (1876-1918) y José Antonio Domínguez (1869-1903), o modernistas como Froylán Turcios y Juan Ramón Molina (1875-1908) no pudieron sustraerse a defender su posición en la sociedad algunas veces con la pluma y otras muchas con las armas.

Dentro de este marco contextual, Francisco Albizúrez Palma distingue cuatro rasgos sobresalientes del modernismo en Centroamérica:

1. Su prolongada vigencia.
2. El retraso con que comenzó.
3. La falta de autores de primer orden, excepción hecha de Darío y de Gómez Carrillo.

¹ Napoleón Pacheco, «Corrientes literarias en América Central», en *Ateneo de Honduras*, núm. 52, 1 de septiembre de 1923, p. 1992.

² Desde 1882 la revista hondureña *El Alba*, daba a conocer trabajos literarios de autores extranjeros. Véase Boyd G. Carter, «Revistas literarias hispanoamericanas del siglo XIX», en Luis Íñigo Madrigal (coord.) *Historia de la Literatura Hispanoamericana* (Vol. II: del Neoclasicismo al Modernismo), Madrid, Cátedra, 1993, p. 77.

³ Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo: supuestos teóricos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 30.

4. El peso mayor que, estéticamente, presenta la prosa sobre el verso⁴.

Los dos primeros rasgos son fácilmente explicables, considerando el retraso socioeconómico de esos países. La posición de la región centroamericana, con respecto a su inserción en el mercado capitalista mundial, fue sobre todo de abastecedora de materias primas, lo que no permitió negociar con las grandes potencias industrializadas con la misma dignidad con que lo hacían otros países latinoamericanos como México, Chile o Argentina. A esto también habría que agregar las constantes guerras civiles en las que era muy frecuente que un país de la misma región interviniera en otro y el constante acecho de los Estados Unidos al istmo. Todo esto no favoreció en nada a la consolidación de los estados-naciones de los países centroamericanos, ni a crear un clima cultural propicio que permitiera la comunicación con las nuevas tendencias literarias en Europa.

En referencia a los dos rasgos restantes, fue decisivo para Darío y Enrique Gómez Carrillo el abandonar sus países⁵, como era la aspiración de todo escritor de la época, para ir al encuentro de la gran meca cultural del momento, la ciudad deseada: París. En el caso de Darío, su escala en Chile fue fundamental para empaparse de la cultura francesa, en un país que reproducía básicamente los modelos culturales de Francia. De allí en adelante muy poco contacto tuvieron el nicaragüense, y mucho menos el guatemalteco, con la literatura de sus países.

En cuanto al mayor peso estético de la prosa sobre la poesía, también resulta innegable. Esta observación coincide con la de José Olivio Jiménez: «[en Hispanoamérica] fue en la prosa, antes que en el verso, donde se fraguó la expresión modernista. Este es un hecho generalmente admitido hoy, después de las numerosas aportaciones y aproximaciones estilísticas de muy destacados investigadores»⁶. En

⁴ Francisco Albizúrez Palma, *Poesía centroamericana posmodernista y de vanguardia*, Guatemala, Universidad de San Carlos, 1988, p. 10.

⁵ A Gómez Carrillo fue Rubén Darío quien lo indujo a trasladarse a París. El guatemalteco lo reconoce en sus memorias: «Rubén habíase opuesto enérgicamente a mis proyectos madrileños. En España, decíame, no encontrará usted nada de lo que busca [...]. España es un país de retórica atrasada, de gustos rancios, de ideas estrechas... Quite usted a Castelar, a Campoamor, a Núñez de Arce, a Menéndez Pelayo, y no queda nada. Rubén mismo ha dicho que es a él a quien le debo haber renunciado a la villa del oso y del madroño para convertirme en hijo de Lutecia». Enrique Gómez Carrillo. *Treinta años de mi vida*, Guatemala, José Pineda Ibarra, 1974, pp. 151-152.

⁶ Continúa Jiménez: «Mucho antes de *Azul...* (1888), de Darío, y aún antes de *Ismaelillo* (1882) de Martí, ya éste y su coetáneo de avanzada, Manuel Gutiérrez Nájera, ensayaban —y esto desde 1875— el arte de trabajar artísticamente la prosa. Su vehículo es, inicialmente la crónica, género por ellos capital en la valoración de la génesis del modernismo [...]. Justo se hace, sin embargo, reconocer que desde Ricardo Palma y Juan Montalvo hasta Manuel González Prada, ya se observaba una definida voluntad de arte en sus escritos en prosa. Véase José Olivio Jiménez, *La prosa modernista hispanoamericana*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 11. Ya en 1974, el crítico Roberto Yahni se preguntaba: «No se conoce bien la causa por la cual la crítica identificó al modernismo exclusivamente con la poesía. Tampoco se percibió el hecho de que la prosa renovó y transformó el estilo de muchos géneros — novela, cuento, ensayo, crítica— y creó otros como la crónica y el poema en prosa. La crítica olvidó, además, que la prosa modernista apareció antes que el verso». Roberto Yahni, *La prosa modernista hispanoamericana. Antología*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, p. 11.

Centroamérica, desde su primer contacto con el romanticismo el género que más se cultivó fue la poesía. Una poesía en la que, aun bien avanzado el modernismo, siguió predominando tanto a nivel temático como formal el romanticismo. Como podrá comprobarse, todos los modernistas centroamericanos, señalados más adelante, sobresalen por el cultivo de la prosa, con excepción de Molina, que destacó en ambos géneros.

El problema reside en si realmente se dieron en Centroamérica las condiciones para el Modernismo cuando ni siquiera hubo espacio para la modernidad. Si esto sirve de ejemplo, ¿qué modernidad podía existir en Honduras, cuando apenas en 1876 se inicia la organización del Archivo Nacional y el Correo Nacional, a construirse las primeras carreteras nacionales y a elaborarse los primeros códigos judiciales? Darío se consolida como modernista en Chile, con la publicación de *Azul...* en 1888. De haber permanecido en su país seguramente no hubiera logrado convertirse en el gran renovador de las letras hispanoamericanas. El mismo nicaragüense, al referirse al mexicano Ricardo Contreras, llegado en los años 80 a Nicaragua, lamenta el estrecho ambiente cultural de la región:

A Contreras lo envió México. Este mexicano es uno de esos escritores que necesitan un campo vasto para darse a conocer. Si Contreras, en vez de ir a Centro-América, hubiese venido a Chile o a la Argentina, estaría colocado en el primer rango de los escritores del Continente⁷.

Ni aun en Nicaragua fue determinante la influencia de Darío, según lo señala Henríquez Ureña: «La patria de Rubén Darío no se destacó como centro de actividad del movimiento modernista. No hubo allí, como en otros pueblos hispanoamericanos, grupos literarios de señalada importancia que se formaran al calor de las nuevas tendencias»⁸. Incluso, no se ha determinado aún la existencia de revistas modernistas en ese país⁹.

En El Salvador sobresale Francisco Gavidia (1864-1955), que es más conocido por haber sido el orientador de Darío en el verso francés¹⁰; sin embargo, este gran humanista, con su cuento «La loba», publicado en 1905, logra inscribirse en la corriente mundonovista, cuando vuelve su mirada al pasado indígena. Este relato, en cuanto a la presencia de la oralidad como recurso y al tratamiento de lo

⁷ *Revista de artes y Letras* [Santiago] diciembre de 1988, p. 350.

⁸ Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 386.

⁹ Boyd G. Carter, «Revistas literarias hispanoamericanas del siglo XIX», en Luis Íñigo Madrigal (coord.) *Historia de la Literatura Hispanoamericana* (Vol. II: del Neoclasicismo al Modernismo)... *op. cit.*, p. 78.

¹⁰ Darío conoció a Gavidia en su viaje a El Salvador en 1882. En ese mismo país conoce también al general Juan José Cañas, que, según Luis Sáinz de Medrano, llegará a impulsar al nicaragüense en el dinamismo viajero. Véase Luis Sáinz de Medrano, «Los viajes de Rubén Darío por Hispanoamérica». *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 23, 1994, p. 87.

mitológico en el pasado maya, puede significar un importante antecedente en las *Leyendas de Guatemala* (1930), de Miguel Ángel Asturias¹¹.

Otro salvadoreño modernista, aunque menos conocido, es Arturo Ambrogí (1875-1936), que tiene en su haber una abundante obra en prosa, y que abarca dos etapas: la primera, en la que destaca el estilo preciosista y cosmopolita del modernismo, y la segunda, en la que se impone el más puro relato costumbrista. Entre sus libros pueden citarse: *Bibelots* (1893); *Cuentos y fantasías* (1895), *Manchas, máscaras y sensaciones* (1901), *Al agua fuerte* (1901), *Sensaciones crepusculares* (1904), *Marginales de la vida* (1912), *El tiempo que pasa* (1913), *Sensaciones del Japón y de la China* (1915); *Crónicas marchitas* (1916), *El libro del trópico* (1918) y *El jetón* (1936). En 1893, la revista neoyorquina *Las Tres Américas*, lo consideraba «el benjamín de la nueva generación literaria hispanoamericana»¹². Ambrogí, que apenas contaba 18 años, se había ganado a pulso ese nombre, ya que después de la publicación de *Bibelots*, según el editor de *Las Tres Américas*, «el implacable Clarín se llevó con él tamaño chasco, cuando le acometió en una de sus deliciosamente brutales críticas. Le trató como a un ingenio de treinta años; se cebó con fiereza en unos pocos defectos que como lunares aparecían en los esmaltes de los lindos *Bibelots*»¹³. La celebridad alcanzada desde muy joven, y la intensa colaboración en periódicos de El Salvador y de Chile, le merecieron la amistad de escritores de la talla de Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Paul Groussac y Luis Berisso.

En sus crónicas combina la crítica punzante con el toque humorístico, como las que emprende contra Enrique Rodríguez Larreta y Rubén Darío. Al primero se refiere en términos despreciativos, que incluyen tanto al autor como a la obra: «Fue el señor Paul Groussac quien en un momento de divino humor, «inventó» a ese soporífero Rodríguez Larreta, a secas, rico estanciero, ex-Secretario de Estado, ex-Plenipotenciario en París, perpetrador de esa estantigua reconstructiva que se llama *La Gloria de don Ramiro*, que Rémy de Gourmont tradujo al francés conociendo al castellano tanto como yo al ruso»¹⁴. Con Darío tampoco parece ser muy piadoso, al criticar de éste el uso de la adulación como medio para la obtención de favores. Según Ambrogí, el nicaragüense llamaba en cada ocasión a Groussac, que para entonces era Director de la Biblioteca Nacional, «el Taine de Buenos Aires»: «No sé cómo ese calificativo, y su parca localización en la populosa capital hispanogaucha, le vendría al Director de *La Biblioteca*; pero sí fue efectiva, poco después, la publicación en sus páginas, de tres capítulos de

¹¹ Los elementos de la oralidad y el mito maya están sabiamente tratados en este relato. En relación a los recursos de la oralidad y los mitos del pasado maya en Asturias, véase a Ernesto M. Barrera, «La mitología maya en Miguel Ángel Asturias», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 4, abril de 1975, pp. 93-113.

¹² Anónimo «Arturo Ambrogí», citado por Augusto Germán Orihuela, *Las Tres Américas y el modernismo*, Caracas, Centro Nacional de Cultura, 1983, p. 313.

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ Arturo Ambrogí, «Paul Groussac», en *Crónicas* (1916), San Salvador, Biblioteca Básica de la Cultura Salvadoreña, 1996, pp. 88-89.

una novela de Rubén, *El Hombre de Oro*, que nunca llegó a concluir, para bien de su gloria; pero que sí cobró, a razón de cincuenta pesos por capítulo, en flamantes billetes del Banco de la Nación»¹⁵. En otra crónica, al aparecer como víctima de las sutilezas sarcásticas de un Leopoldo Lugones, demuestra tomárselo con buen humor y hasta regodearse con ello:

Fue el mismo autor de *Las Montañas del Oro*, quien, poco antes de conocerme personalmente, y en un horroroso artículo de degollación decadentista (un estupendo *masacre*), me llamó: «la Señorita Azul»; y en medio de estallidos de bengalas de *humour* y de fuetazos sangrientos sobre los lomos réprobos, me hizo cargar con un inmenso fardo de baratijas multicolores de buhoneros literarios, cuando en aquel entonces mis pobres hombros apenas soportaban el peso abrumador de mis propias bisuterías¹⁶.

Ambrogí visitó Argentina en enero de 1898, y, mientras realizaba una visita a su amigo Luis Berisso, conoció personalmente a Lugones. En esa oportunidad, la colorida ofensa quedó desvanecida ante el exultante encuentro: «Me confesó su ataque. Yo le dije que lo había leído; pero que entre el puyoncito en cuestión y *Las Montañas del oro*, me quedaba con éstas, colosales, aplastantes, como los Andes que acababa de atravesar en carruaje»¹⁷. Y así se selló una nueva amistad en que, por lo visto, la poesía estaba por encima de cualquier problema personal.

En Costa Rica, Rafael Ángel Troyo (1875-1910) es, sin lugar a dudas, el modernista más destacado. Publicó cinco obras, todas en prosa: *Terracotas* (1900), *Ortos* (1903), *Corazón joven* (1904), *Poema del alma* (1906) y *Topacios* (1907). En las creaciones de Troyo se hace patente la búsqueda de una expresión renovadora, contraria a las gastadas fórmulas románticas y a los temas costumbristas que, en honor a una «literatura nacional», era exigida por muchos de sus contemporáneos¹⁸. En opinión de Iván Schulman: «Troyo comprendió los signos negativos de su época —los de la vida moderna primigenia—, y frente a las disyuntivas creadas por ella, buscó «armar su batalla» en otros terrenos —la estrategia del revés, los escenarios ideales»¹⁹.

Froylán Turcios y Troyo se conocieron en Costa Rica, cuando el hondureño viajó a ese país en agosto de 1895, lo que significó el comienzo de una amistad que sólo se vio interrumpida por la muerte trágica del costarricense en 1910²⁰. El 27 de noviembre de 1902, Troyo envió desde su ciudad de Cartago una carta de

¹⁵ *Ibidem*, p. 89.

¹⁶ «Leopoldo Lugones», *Ibidem*, p. 91.

¹⁷ *Ibidem*, p. 95.

¹⁸ Véase «Polémica entre nacionalismo y literatura», *Letras* [Heredia, Costa Rica], núms. 8-9, 1981-1982.

¹⁹ Iván Schulman, «La estrategia del revés: el modernismo de Rafael Ángel Troyo», *Iberoamericana*, núms. 138-139, enero-junio de 1987, p. 39.

²⁰ Troyo fue una de las víctimas mortales del terremoto que sacudió Costa Rica en 1910. Véase Edna Coll, *Índice informativo de la novela hispanoamericana*, vol. II, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1977, p. 66.

invitación a Turcios, que entonces se encontraba en la capital costarricense. Un fragmento de la misiva dice:

Querido poeta: Luego que llegué a ésta mi ciudad de las nieblas, pensé en lo delicioso que sería tenerte aquí, a mi lado, donde podemos, con más encanto y libertad, forjar versos y escribir prosas. De manera que no te acepto ninguna excusa, a lo que me anticipo para decirte de una vez, que te vengas con todo el arsenal de tus ensueños a hacer de ésta mi casa tu home y tu alcázar²¹.

En Guatemala, las dos figuras más importantes son Enrique Gómez Carrillo y Rafael Arévalo Martínez. Gómez Carrillo, coetáneo de Darío, logró dar muy temprano el salto hacia Europa, donde hizo vida literaria con el excelente trabajo de sus crónicas. En su libro *Almas y Cerebros* (1898), obtuvo de Leopoldo Alas «Clarín», contrario a lo que normalmente debe ser un prólogo, las más duras reprimendas que un padre castellano puede hacer a un hijo americano «descarriado». El novelista español no desaprovecha la oportunidad para increpar al guatemalteco recién llegado a París, y empapado ya de afrancesamiento:

Gómez Carrillo se dedica particularmente a una tarea nobilísima que viene a ser cura de almas, y que consiste en vulgarizar, con entusiasmo y forma artística, el movimiento literario europeo entre los pueblos que hablan castellano [...]. ¿Cómo no he de censurar a esa literatura americana que no asimila lo extraño, sino que se disuelve en lo extraño; que, con una especie de éxtasis, muy mal empleado, se pierde en el «objeto amado», pasa a él, y viene a convertirse en un triste remedo de los tiquis miquis de las letras francesas, según las cultivan muchachos más o menos despiertos que a sí mismos se llaman genios?²².

Gómez Carrillo manejaba a la perfección el francés y, como buen modernista, admiraba también la literatura francesa. Esto le permitió incorporarse fácilmente en Francia al mundo de los escritores más renombrados de ese país, como lo demuestra las entrevistas que sostuvo con Jean Lorrain, Joris-Karl Huysmans, Oscar Wilde, Alphonse Daudet, Émile Zola y otros, de las que da cuenta en la sección «Intimididades Parisienses», de *Almas y cerebros*. «Clarín», que manifiesta su afecto por la América española, al considerar que ésta y España son una sola nación, lamenta que Gómez Carrillo, perteneciente a esa juventud ilustrada de Hispanoamérica, contribuya al aniquilamiento de «la savia española».

La resistencia de muchos escritores españoles al modernismo, sobre todo por el apego a las letras francesas y el desdén hacia la literatura española del momento, es un tema que ha sido muy bien abordado por Carlos Lozano, que en un estudio minucioso analizó los ataques virulentos y cargados de ironía de que eran objeto Rubén Darío y sus seguidores a través de personajes anónimos en revistas

²¹ Esta carta, así como otros documentos que pertenecieron a Turcios, forman parte del archivo personal del señor Armando Méndez Fuentes. Dicho archivo se encuentra depositado en la biblioteca de Trinity College, Hartford, Connecticut. La carta está clasificada con el número 24c.

²² Enrique Gómez Carrillo, *Almas y cerebros*, París, Hermanos Garnier, 1898, pp. 3-4.

y periódicos, sobre todo entre los años 1892-1899. Uno de los escritores que supo dar la cara antimodernista fue «Clarín», cuya posición con respecto a Darío se fue haciendo más tolerante con el tiempo. En 1900, aunque despreciaba el *extranjorismo* de los modernistas, llegó a reconocer que «España no daba a sus hijos [hispanoamericanos] suficiente pasto intelectual»²³, con lo que asumía una realidad conocida por todos, menos por los que cerraban los ojos al paso del tren de la modernidad.

Por su parte, a Rafael Arévalo Martínez, a diferencia del cosmopolita Gómez Carrillo, le tocó enfrentar desde dentro la dictadura de Estrada Cabrera, y adquirió celebridad con el cuento «El hombre que parecía un caballo» (1914). En este relato confluye la perfección del lenguaje modernista con la profundidad psicológica, creando el «psicozoologismo» en la literatura hispanoamericana. Pero no sólo a esto se debe el mérito de Arévalo Martínez, aunque sea lo más conocido de él; su novela *La oficina de Paz en Orolandia* (1925), obra satírica, contestataria a la intervención norteamericana en Centroamérica, no sólo vale por ser una novela antiimperialista²⁴, sino por ser uno de los textos más innovadores en cuanto a la experimentación formal y trabajo lingüístico durante la década en que fue escrito²⁵. La obra narrativa de Arévalo Martínez contiene las dos líneas principales de la modernidad en la narrativa hispanoamericana: lo experimental, al adentrarse en el complejo mundo interior de sus personajes, y lo político, al no descuidar la imperiosa realidad social.

2. FROYLÁN TURCIOS Y RUBÉN DARÍO

El primer contacto de Turcios con Darío se produjo en 1900, cuando el hondureño era Subsecretario de Gobernación y recibió una carta del nicaragüense recordándole la remisión que años antes le hiciera de *Los Raros*, confiándole seguidamente sus apremiantes apuros económicos:

²³ Véase Carlos Lozano, *La influencia de Rubén Darío en España*, León, Editorial de la UNAN, 1978. Y en el caso particular de «Clarín», véase José María Martínez Cachero, «La actitud anti-modernista del crítico 'Clarín'», *Anales de Literatura Española* [Universidad de Alicante] Núm. 2, 1983, pp. 383-398.

²⁴ Un estudio aparte merecen las novelas de tema antiimperialista en Centroamérica, cuyas publicaciones abarcan desde finales de 1899 hasta bien entrado el siglo XX. El primero en publicar novelas de esta línea es el guatemalteco Máximo Soto Hall, con *El Problema* (1899), a la que le seguirá otra con mayor acierto novelístico: *La sombra de la Casa Blanca* (1927). También, en 1920, el costarricense Carlos Gagini (1865-1925) publicó la novela *La caída del águila*. Véase Ramón Luis Acevedo, *La novela centroamericana, desde el Popol-Vuh hasta los umbrales de la novela actual*, Río de Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1982, pp. 65-241.

²⁵ Para Arturo Arias, algunos elementos como el uso del monólogo, los diálogos y la sátira social de esta obra prefiguran de alguna manera el rigor intelectual de posteriores escritores guatemaltecos como Asturias y Monterroso. Véase Arturo Arias, *La identidad de la palabra*, Guatemala, Artemis, 1998, p. 38.

Usted, a pesar de su talento, logra algo. Y es preciso que vea cómo puede aligerarme de estas inquietudes pecuniarias que endurecen la vida. Me conformaría con recibir al fin de cada mes, por algún servicio de pluma a favor de ese gobierno, la mísera cantidad de ciento cincuenta pesos nacionales. Hoy que la primera dama hondureña es una de mis compatriotas, quizá sea más fácil obtener lo que deseo²⁶.

Éste sería uno de los intentos de Darío, en tratar de obtener favores de gobernantes, a cambio de gastar su tinta en elogios. En 1910 se vuelve contra Roosevelt, a favor de su amigo y benefactor, el presidente de Nicaragua, José Santos Zelaya y en 1915 escribe por encargo el poema elegíaco *Mater Admirabilis* a la madre del siniestro Manuel Estrada Cabrera²⁷.

En 1937, Turcios publica el artículo «Un amargo fracaso» haciendo alusión a la frustrada petición de Darío:

Sí, yo conocía bien a Sierra. Odiaba a los escritores y era tacaño con los dineros nacionales y con los propios hasta la sordidez. No me equivoqué. De nada sirvió mi tenaz insistencia para lograr aquel sueldo miserable, que hoy devenga cualquier mecánografo²⁸.

El primer encuentro de Froylán Turcios con Rubén Darío fue en Río de Janeiro en 1906, durante la Tercera Conferencia Panamericana. No cabe duda de que entre los escritores que asistieron a ese evento, Rubén Darío era la figura más atrayente; todos querían estar cerca de él, conocerlo personalmente. Para Turcios el interés era igual: «¡Cuántos ilustres personajes conocí en las siete semanas de mi permanencia en Río de Janeiro [...] pero, entre todos, Rubén Darío»²⁹. Sin embargo, la impresión que se llevó del nicaragüense, pese a la gran admiración que le prodigaba, no fue del todo agradable. Uno de los vicios que más aborrecía el escritor hondureño era el del alcohol, y este defecto se lo señala con dureza a Darío:

Rubén, pasivo, nulo ante cualquier actividad que no se relacionara con la pluma, calificando de salvajes a los valientes y desentendiéndose de las proezas cívicas o heroicas, medroso, egoísta, dipsómano, difícil de palabra, feo, de movimientos indecisos y tardíos, maestro imponderable en el dominio de las celestes músicas, la más brillante cumbre de la poesía castellana de todos los tiempos (MEM, pág. 161).

Como contraparte de Darío, Turcios ponía al gran caudillo liberal colombiano Rafael Uribe Uribe, de quien el hondureño recoge un comentario también des-

²⁶ Froylán Turcios, «Un amargo fracaso», en *Ariel*, núm. 2, 15 de septiembre de 1937, p. 51.

²⁷ A propósito de este tema véase de Publio González-Rodas, «Darío y Estrada Cabrera», en *Cuadernos Americanos*, Año XXIX, núm. 6, 1970, pp. 119-127 y «Rubén Darío y Teodoro Roosevelt» en la misma revista, Año XXIX, núm. 1, 1970, pp. 118-127.

²⁸ Froylán Turcios, «Un amargo fracaso», en *Ariel*, loc. cit., p. 52.

²⁹ Froylán Turcios, *Memorias*, Editorial Universitaria «Ramón Ouelí», 1980, p. 161. De aquí en adelante, en toda referencia a este libro se utilizará la abreviatura MEM seguido del número de página correspondiente.

favorable acerca del nicaragüense: «Este magno poeta desearía que el mar fuera de coñac para ahogarse en sus ondas» (MEM, pág. 161). La dipsomanía de Darío era ya conocida por todos, sin embargo, es dudoso que los reproches moralistas o la envidia hayan sido la causa de juicios tan negativos contra él. Debe tenerse en cuenta que, en ese evento, Darío se había congraciado con el representante de Estados Unidos, Elihu Root, al leer el poema «Salutación al Águila». Muchos escritores hispanoamericanos, entre ellos Turcios, Uribe, Manuel Ugarte, Guillermo Valencia y Rufino Blanco Fombona habían admirado la posición hispanoamericanista de Darío en la «Oda a Roosevelt», publicada apenas dos años antes. Con la «Salutación al Águila» se sintieron defraudados, y algunos siguieron increpándolo tiempo después. No obstante, Turcios logró que Darío, en un momento de la Conferencia, le escribiera en una «página de álbum» (algo muy típico de los modernistas) los siguientes versos:

Cálamo, deja aquí correr tu negra fuente.
Es el pórtico en donde la idea alza la frente
Luminosa y al templo de sus ritos penetra.
Cálamo, pon el símbolo divino de la letra
En gloria del vidente cuya alma está en su lira,
Bendición al que entiende, bendición al que admira.
De ensueño, plata, o nieve, ésta es la blanca puerta.
Entrad los que pensáis o soñáis. Ya está abierta³⁰.

Las últimas misivas, según se conoce, entre Darío y Turcios, datan de 1911 y 1912. El 12 de abril de 1911 Darío escribía a Turcios una carta solicitándole colaboración para la revista *Mundial Magazine*: «Aquí me tiene usted de director de revista, y de la revista que todos soñábamos fuerte y bella en pleno París [...]. Será usted presentado con la mayor belleza y elegancia, mi querido amigo; y sus prosas y versos ilustrados por dignos artistas»³¹. Darío se refiere aquí al encuentro que tuvo con Turcios en París, después de la Conferencia de Río de Janeiro. En cuanto a la presentación de *Mundial Magazine*, según se puede apreciar en todos sus números, es indudable su alta calidad, desde su contenido hasta sus ilustraciones y el papel con que fue elaborada.

³⁰ Moisés Vincenzi, *Froylán Turcios: su vida y sus obras*, San José, María Linés, 1921, p. 32. Según relata Turcios en sus memorias, este poema se lo dedicó Darío en la primera página de un álbum, de allí su título «Primera página» (MEM p. 163). Sin embargo, en *El Canto Errante* (1907) aparece sin la respectiva dedicatoria a Turcios, de lo cual se queja el hondureño: «Ignoro si tal supresión fue hecha por Darío o por el editor. Nunca me interesé en averiguarlo». Véase la edición de Rubén Darío, *Poesías Completas*, edición de Alfonso Méndez Plancarte, Madrid, Aguilar, 1975, pp. 736-737. En Rubén Darío, *Poesías*, edición de Ernesto Mejía Sánchez, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 336, el poema aparece con el título «En una primera página», y fechado en Río de Janeiro, julio de 1906; lo que coincide con la versión de Turcios.

³¹ Jorge Eduardo Arellano, *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 1999, pp. 308-309.

El 30 de octubre de 1911, desde Tegucigalpa, Turcios remite a Darío la novela corta *El Fantasma Blanco*, acompañada con la siguiente carta:

Mi distinguido amigo:

Atendiendo a su excitativa, le remito esa novela corta para *Mundial*. Está aún inédita, en pruebas; y forma la primera parte de un volumen de narraciones que le enviaré oportunamente.

Paz de espíritu, oro y laureles, deséale su amigo,
Froylán Turcios³²

Sin embargo, el 12 de enero de 1912 Darío solicita a Turcios nuevos trabajos, ya que se había enterado de que la novela enviada anteriormente «había sido publicada en periódicos de esa ciudad [Tegucigalpa]... y nos hemos privado de publicarla, pues en *Mundial Magazine* solamente se publican trabajos inéditos»³³. En efecto, la novela se había editado el 2 de noviembre de 1911, en la Tipografía Nacional de Tegucigalpa. Es posible que el hondureño, ante la demora de la respuesta de su amigo, se hubiera decidido por adelantar la publicación. No obstante, *El Fantasma Blanco* se publicó en el *Mundial Magazine*³⁴ tal como lo había prometido Darío: «con la mayor belleza y elegancia», ilustrado por un artista francés cuyo nombre no se precisa.

Como modernistas, Turcios y Darío compartieron muchas cualidades y preferencias. Ambos se vieron en la necesidad de salir de sus fronteras para llenarse de ese mundo que sólo podían vivir de manera libresca desde sus pobres países. A ambos les tocó sobrevivir, ya sea ocupando cargos públicos o trabajando en el periodismo, y ambos, en más de algún momento, defendieron la unidad de Centroamérica y las soberanías de los países hispanoamericanos ante la rapacidad de los intereses de los Estados Unidos. Darío amaba la vida bohemia; Turcios, la sobriedad³⁵. Los dos, aun en medio las inevitables privaciones de los poetas, se sentían atraídos por la suntuosidad de los aristócratas:

Expresaba Darío, en la «Epístola a la señora Lugones»:

³² La carta pertenece al folio núm. 1140 del Seminario-Archivo Rubén Darío, ubicado actualmente en la Universidad Complutense de Madrid. Agradezco a su director Luis Sáinz de Medrano, la gentileza de haberme ofrecido una copia de este documento.

³³ Véase Jorge Eduardo Arellano, *Cartas desconocidas de Rubén Darío...*, op. cit., p. 309.

³⁴ Véase en *Mundial Magazine*, 19 de noviembre de 1912, pp. 653-662.

³⁵ En las memorias del hondureño aparecen las siguientes afirmaciones: «Detesto las bebidas que convierten en cerdos a los hombres», y «... nunca he podido soportar a los alcohólicos. El agua siempre fue y es mi única bebida y los desplantes y los desequilibrios de la dipsomanía me producen invencible repugnancia» (MEM, pp. 110 y 115). En el artículo «El vicio pavoroso» escribe: «Huid compatriotas, de ese mortal veneno, padre de la desvergüenza y del oprobio, que convierte al hombre en un ser miserable, en un cerdo vil», véase en *Ariel*, núm. 123, 1 de octubre de 1942, p. 3027. Recuérdese que el padre de Turcios era un alcohólico y que la madre del poeta, debido a esto, era objeto de maltrato.

Yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores.
 [...]

Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes

Gusto de gentes de maneras elegantes,

Y de finas palabras, y de nobles ideas...³⁶

Y declaraba Turcios en una entrevista de 1921: «Soy apasionado de los mármoles, las púrpuras, las sedas, los perfumes, las piedras preciosas, y, sobre todo, de las mujeres que agregan a las altas calidades de inteligencia y espíritu, la perfección de la forma»³⁷. La frivolidad modernista podría entenderse como una adhesión pura y llana de estos escritores a los gustos burgueses; sin embargo, su actitud de ninguna manera estaba reñida con el «mal gusto» que ellos criticaban a las burguesías criollas, preocupadas más que por la sonoridad de un verso, por el sonido de las monedas que solían acumular celosamente en sus cuentas. Aunque los modernistas pertenecieran a la burguesía o tuvieran que depender forzosamente de ella, nadie podía negarles ni discutirles su firme creencia en considerarse «espíritus selectos» en sociedades donde lo menos importante era el cultivo del espíritu. José Olivio Jiménez lo explica bien, cuando afirma: «El modernismo fue así, más que un intento de subversión político-social, una rebelión de índole artística e intelectual»³⁸. Y esto puede apreciarse inmejorablemente en «El Rey burgués» de Darío: el marginado del cuento no es un obrero o un individuo cualquiera, es un artista que sufre tanto la crueldad del invierno como el desprecio del burgués hacia la sensibilidad artística.

3. LA GRAN AMISTAD CON RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

Rafael Arévalo Martínez vivió en Honduras en 1917, donde trabajó diez meses al lado de Froylán Turcios en el periódico gubernamental *El Nuevo Tiempo*. Turcios aprovechó su influencia, como Ministro de Gobernación y como director del periódico, para gestionar un puesto de redactor ante el presidente Bertrand para el escritor guatemalteco recién llegado a Tegucigalpa.

Arévalo Martínez recordará en 1930, en un artículo sobre el recién publicado libro de Turcios, *Cuentos del Amor y de la Muerte* (París, 1929), aquel episodio de su vida, y en que desvió su atención de la obra del hondureño para exaltar la calidad humana de éste:

La obra del escritor hondureño y la mía, ambas son dolorosas. Y no soy yo, ni el que deba, ni el que pueda hablar de frutos que produce ese dolor tan agudo. Prefiero,

³⁶ Rubén Darío, *Poesías completas...*, op. cit., 1977, p. 749.

³⁷ Juan de Dios Bojorquez, «Entrevista a Froylán Turcios», *Revista de revistas* [México], 27 de noviembre de 1921, pp. 5-6.

³⁸ José Olivio Jiménez, *La prosa modernista hispanoamericana...*, op. cit., p. 30.

pues, ahora, con la dádiva del nobilísimo amigo lejano ante mí, la amistad que me prodigó Froylán y cómo fue de generoso conmigo³⁹.

Pese a la conocida trayectoria literaria en Centroamérica de Arévalo Martínez, después de su consagración con el cuento «El hombre que parecía un caballo», el presidente hondureño desestimó la solicitud de Turcios. La negativa de Bertrand produjo en el guatemalteco

más admiración y respeto que desaliento, porque contenía una negativa rotunda, ¡ay! Tan digna de ser estimada por el que aquí en Guatemala estaba acostumbrado a los eufemismos y dilatorias de Estrada Cabrera. Recibir un no inmediato es recibir una dádiva. Sabe uno a qué atenerse y no pierde tiempo⁴⁰.

Lo único que acreditaba al guatemalteco eran sus cuentos. Venía de su país huyendo de una infeliz situación económica y de una dictadura asfixiante, con la que ya se había enfrentado. No obstante Turcios logró convencer al presidente Bertrand haciéndole leer el famoso cuento de Arévalo Martínez, y empeñando su puesto en garantía de su amigo (MEM, págs. 244-245).

En junio de 1916 Arévalo Martínez remite a Turcios una carta llena de agradecimientos y elogios, pero igualmente dolorosa:

Si la vida no me hubiera concedido la dicha de pasar a su lado muchos de mis días de sorda lucha en las tinieblas y del dolor, Ud. sólo hubiera sido para mí esa abstracción luminosa de un gran poeta [...]. «Los atormentados» se dañan y dañan a su alrededor: olvide mi contacto de desgracia⁴¹.

Seguramente en estas líneas el guatemalteco hace alusión a su libro de poemas *Los Atormentados* (1914), pero al referirse a su «contacto de desgracia» recuerda la afirmación del artículo anterior donde expresa que su obra y la de Turcios «son iguales de dolorosas». No puede obviarse que la vida de Arévalo Martínez estuvo marcada por su marginación a causa de la inestabilidad emocional que padecía, lo que lo condenaba a un nivel de pobreza que apenas le permitía alimentar a su familia⁴².

³⁹ Rafael Arévalo Martínez «Cuentos del amor y de la muerte», en *Diario de Centroamérica* [Guatemala], abril de 1930, p. 12.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Esta carta, sin clasificación, pertenece al Centro Documental de Honduras, (CEDOH), Tegucigalpa.

⁴² La inestabilidad emocional de Arévalo Martínez era tan grave que el médico llegó a diagnosticarle: «El neurasténico es un degenerado simplemente. Usted es el típico clásico del degenerado, todo lo caracteriza como tal: su incapacidad para el trabajo cotidiano, disciplinado y habitual; su falta de adaptación al medio; su sensibilidad exagerada, su emotividad agudísima; el dolor de su vida...». Véase Dante Liano, *La palabra y el sueño. Literatura y sociedad en Guatemala*, Milán, Bulzoni, 1984, p. 90. «Dolor por la vida», eso es, en resumen, lo que expresa Arévalo Martínez en su escrito «De morir tenemos» para la revista *Esfinge*: «No tuve los infantiles dolores de los hombres: el dolor de los diarios fracasos, el de las pequeñas vanidades. [...]. El dolor de ser hombre, como una fiera hambrienta, devoró

En el caso de Turcios, el «dolor» podría deberse a otra razón, a ese hastío y desaliento que manifestaban los modernistas debido a la soledad intelectual que afrontaban en una sociedad en la que, aparte de valorarse más el ascenso económico y político, se imponía el atraso cultural y la guerra. Algo que resulta muy interesante, en la mayoría de las cartas que Turcios sostiene con su hermana «Lalita», es que siempre sale a relucir el tema de la enfermedad. Es sorprendente que apenas a los veinticuatro años el escritor se queje ante su hermana de dolencias reumáticas, como se lo hace ver en una carta del 8 de noviembre de 1897: «Desde ayer estoy algo enfermo: displicente y aburrido y con un dolorcito en las rodillas, como reumatismo, que me ha puesto de un horrible mal humor»⁴³. Tres meses antes, la escritora Lucila Gamero a través de una misiva enviada el 18 de agosto reprende a su amigo Froylán, que le había manifestado antes su deseo de morir. Ante el pesimismo de Turcios, Gamero también expone su condición de escritora que enfrenta dificultades:

¿Tan joven y ya deseas morir? Ya se ve: hace años que yo siento en mi alma profundo desaliento; hastío abrumador de todo lo que antes me fue grato y gran desencanto por no poder realizar lo que tan vehemente he deseado; pero tú, hermano mío, que no has tocado nunca con imposibles, tú no debes ansiar morir. Comprendo tu hastío, pero ese proviene de lo mucho que has gozado, del derroche que has hecho de tu corazón de niño, y por último, como ya lo he dicho en otra parte «de la orfandad de tu alma en este mísero planeta»⁴⁴.

Pero el hastío que sufre el poeta también es comprensible, considerando que, a sus 23 años y como intelectual reconocido, le tocó afrontar la crisis de fin de siglo, un tiempo marcado por la incertidumbre donde ni la religión, ni la filosofía, ni la ciencia le daban un sentido a la vida, una época de «tumultos y de dolores [donde hay] como un desmembramiento de la mente humana», según lo percibe Martí en el célebre prólogo al «Poema del Niágara»⁴⁵. Y esa imposibilidad «para recuperar el supuesto paraíso perdido», como bien apunta Gutiérrez Girardot⁴⁶, es sin duda la angustia que abruma desde muy joven al poeta.

todos los dolorcillos de mi vida. Tuve desde niño una rara conciencia de la muerte. Los hombres no la conocen a ella, la inexorable; no creen en ella, son incapaces de la abstracción poderosa de evocarla. Viven su miserable vida de bestias del presente. Oh, si la conocieran, todos vivirían como yo». Publicado en la revista *Esfinge*, núm. 16, 15 de mayo de 1916, p. 85.

⁴³ Archivo de Armando Méndez Fuentes, núm. 41d.

⁴⁴ En el mismo archivo anterior, núm. 35^a. El subrayado pertenece al texto original.

⁴⁵ José Martí, «El Poema del Niágara», en *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1964, pp. 224-226.

⁴⁶ Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo: supuestos teóricos...*, op. cit., p. 78.

4. EL MODERNISMO EN HONDURAS

Dante Liano asegura que los países de Centroamérica y del Caribe establecieron una relación de colonización y neocolonización con respecto a los grandes centros capitalistas⁴⁷. Las economías de enclave de la región, sobre todo en el campo de la minería y del banano, fueron lesionando tanto la soberanía de estos países que en muchos casos la disputa entre transnacionales llegó a provocar guerras civiles o a imponer gobiernos a su gusto. Esto último llegó a manifestarse en Honduras de forma más patética. Después de la independencia política de España, tanto ingleses como norteamericanos, a base de manipulaciones y chantaje, trataron de apoderarse de los recursos del país. Los ingleses en 1866 embarcaron al gobierno de Honduras en el proyecto de un ferrocarril interoceánico, el cual acabó fracasando debido a la corrupción en la que participaron tanto nacionales como extranjeros; dicho ferrocarril no alcanzó ni siquiera la mitad del territorio⁴⁸. Este singular negocio dejó como resultado menos árboles en los bosques hondureños, cuyas maderas sirvieron para adornar grandes edificaciones en Londres, y una deuda externa que Honduras siguió arrastrando hasta bien entrado el siglo XX. No obstante, el frustrado ferrocarril serviría en un futuro no muy lejano para transportar los bananos que las transnacionales estadounidenses comenzaron a cultivar desde principios de siglo. Las inversiones norteamericanas en el sector minero llegaron a crear en la capital hondureña un inusitado movimiento económico y un afán modernizador que atrajo la atención de diversos sectores del país. En este marco social se fundan los primeros grupos literarios estructurados alrededor de los dos hombres más importantes del país: Marco Aurelio Soto, presidente; y Ramón Rosa, Secretario de la Presidencia.

En 1893, cuando Froylán Turcios llega a Tegucigalpa, los escritores románticos difundían sus producciones en *La Juventud Hondureña* (1891-1897), pero fue, sin duda, el semanario *El Pensamiento* (1894-1896), dirigido por Turcios, la publicación literaria de mayor impacto, a finales de siglo, en Honduras. También, al comenzar el siglo XX, corresponde a Turcios dirigir la primera publicación modernista: la *Revista Nueva* (1901-1903); en ella colaboran Timoteo Miralda,

⁴⁷ Dante Liano, *La palabra y el sueño...*, op. cit., p. 81.

⁴⁸ Según Carlos Marichal, entre los actos de corrupción más relevantes, está en el que se vieron involucrados Charles Lefevre, contratista de bonos en Londres, el embajador de Honduras en esa ciudad y el presidente hondureño José María Medina. Al perecer, Lefevre regaló diamantes por valor de 4.000 libras a la mujer del embajador, mientras a Medina le remitió una gratificación de 10.000 libras. Además, continúa Marichal: «La cantidad total de bonos emitidos por bancos europeos [de Londres y París] a Honduras, entre 1867 y 1871, sumó 2.695.000 libras. Cerca de un cuarto de esta suma fue a parar a la empresa constructora Charles Warring para la construcción de 80 kilómetros del proyectado ferrocarril, otro 20 por 100 a los compradores de bonos para pagar intereses por adelantado, y cerca del 15 por 100 a la tesorería de Honduras para gastos diversos. Pero aún quedaba 1.000.000 de libras del que no se rindieron cuentas. Según la investigación parlamentaria de 1875, tres cuartas partes de esta inmensa suma constituyeron el botín del socio Charles Lefevre (quien gastó una parte sustancial en la compra de caballos de carreras) mientras el resto acabó en los bolsillos de [los banqueros] Dreyfus y Bischoffsheim». Véase Carlos Marichal, *Historia de la deuda externa de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 137-139.

Juan Ramón Molina, Lucila Gamero y Luis Andrés Zúñiga (1878-1964). A través de la difusión de *El Pensamiento* y la *Revista Nueva* se logró una relevante proyección nacional e internacional que dio a conocer a los escritores hondureños más allá de las fronteras nacionales.

5. JUAN RAMÓN MOLINA

A Froylán Turcios Sergio Ramírez lo llamó «el más modernista de los modernistas centroamericanos»⁴⁹. Sin embargo, Juan Ramón Molina es considerado el más grande poeta modernista de Centroamérica, después de Rubén Darío. Nacido en Comayagüela, ciudad gemela de Tegucigalpa, en 1875, a los 18 años sus padres lo envían a estudiar a Guatemala. Allí edita el periódico *El Bien Público* y colabora con los prestigiosos periódicos *La Ilustración Guatemalteca* y *Diario de Centroamérica*. Cuando regresa a Honduras en 1897 es ya un poeta y un periodista reconocido. Vuelve a su país para continuar su labor en el periodismo, así se convierte en editor de los diarios *El Cronista* y *Diario de Honduras*.

En 1906 acompaña a Turcios a la Tercera Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, donde estrecha amistad con Rubén Darío y el poeta salvadoreño Román Mayorga Rivas, como queda evidenciado en el poema del nicaragüense «Al partir Mayorga Rivas», del cual se transcribe el segundo cuarteto:

Te llevas de mi corazón
un gran pedazo. Es la verdad.
¿Qué haría yo sin Juan Ramón,
parte de nuestra trinidad?⁵⁰

Ha sido un lugar común el comparar la obra de Darío con la de Molina, y a este respecto existe una anécdota que todavía se oye en más de algún cafetín, y que pudo haber sido difundida a partir de la referencia de Edelberto Torres Rivas en su estudio sobre Darío, acerca de una especie de duelo poético entre el nicaragüense y el hondureño, acontecido en Río de Janeiro. Refiere Torres Rivas que el nicaragüense Mayorga Rivas

un día les propone [a Molina y a Darío] hacer cada uno una salutación en verso a los poetas brasileños, y acto seguido desenristan la pluma y la conectan con el foco inspirador. Juan Ramón Molina lee el primero su poema, la magnífica «Salutación a los poetas brasileiros». A medida que la escucha, Rubén rompe el papel en que ha escrito sus versos y al final abraza al inspirado hondureño, en una actitud cordial, de hermano mayor, que no siente disminuir su grandeza con estimular a los demás y ponerlos en primer lugar⁵¹.

⁴⁹ Sergio Ramírez, *Antología del cuento centroamericano*, San José, EDUCA, 1984, p. 25.

⁵⁰ Rubén Darío, *Poesías Completas...*, *op. cit.*, pp. 1013-1014.

⁵¹ Véase Edelberto Torres Rivas, *La dramática vida de Rubén Darío*, Barcelona, Grijalbo, 1966, p. 335.

Torres Rivas no indica de qué fuentes obtuvo esta anécdota, pero en uno de los primeros estudios sobre la poesía del hondureño, el crítico norteamericano William Chaney maneja más o menos esa versión:

Uno de aquellos escritores [de los de las diferentes delegaciones] propuso que se escribiera un poema de salutación a los poetas brasileiros. Se acordó que cada uno escribiera un poema, y el que fuera considerado mejor, por mayoría de votos, ese se aprovecharía para la salutación. Trece poemas fueron escritos, y el de Molina fue aceptado por unanimidad. Darío, que era uno de los concursantes, fue el primero en reconocer la superioridad del poema de Molina⁵².

La misma historia recoge otro estudioso de Molina, Eliseo Pérez Cadalso, referida por el crítico nicaragüense Juan Felipe Toruño⁵³; sin embargo, tampoco especifica de dónde obtuvo Toruño esa fuente. Ninguno de los estudios más importantes sobre la vida de Darío, en los que se aborda el viaje de éste a Río de Janeiro dan cuenta del incidente de la *Salutación*, y puntualizan, sobre todo, en el supuesto romance de Darío con la Condesa de Río de Janeiro⁵⁴. El único testimonio que parece objetivo es el de Froylán Turcios, a quien se le señala como uno de los participantes del referido duelo literario. En sus *Memorias*, Turcios no deja lugar a ambigüedades, y afirma que Molina «su «Salutación a los poetas brasileiros» y otras poesías de temas exóticos las escribió después en Tegucigalpa» (MEM, pág. 167). Pero, aun así, persiste la duda; ¿qué sentido tiene que Molina escribiera la *Salutación* en Tegucigalpa?

Por otra parte, resulta asombrosa la coincidencia de temas y de algunos elementos de fondo en algunas composiciones de Darío y Molina. Chaney ha seña-

⁵² Véase William Chaney, «Juan Ramón Molina», Colorado College Publication, núm. 35, 1922; reproducido en *La pajarita de papel* [Tegucigalpa], núms. 11-12, octubre de 1950, pp. 15-16. La traducción pertenece a Jesús Castro.

⁵³ Véase Eliseo Pérez Cadalso, *Habitante de la Osa*, San Pedro Sula, Editora Nacional, 1966, p. 115.

⁵⁴ Estos libros son los siguientes: Arturo Torres-Rioseco, *Vida de Darío*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1944; Antonio Oliver Belmás, *Este otro Rubén Darío*, Madrid, Aguilar, 1968; Jaime Torres Bodet, *Rubén Darío: abismo y cima*, México, F. C. E., 1975 y Teodosio Fernández, *Rubén Darío*, Madrid, Ediciones Quorum, 1987. Con respecto al asunto de la Condesa, Oliver Belmás afirma: «Esta condesa de Río de Janeiro, repito, tiene todas las apariencias de lo novelesco. Darío pensó al narrar la anécdota tal vez en los palacios del duque del Quijote». Véase Antonio Oliver Belmás (1968), p. 66. También Torres Bodet se pregunta: «¿Existió realmente la 'condesa de Río de Janeiro'?». Algunos biógrafos de Darío así lo afirman: otros se lo preguntan dubitativamente». Véase Jaime Torres Bodet (1975), p. 193. Por su parte, Torres-Rioseco, refiere sobre el romance de Darío y la condesa, basado en la versión del nicaragüense Juan Ramón Aviles. Véase Arturo Torres Rioseco (1944), pp. 90-92. Finalmente, Fernández se pregunta si Greta Prozor, hija del Conde Prozor, «entonces embajador del zar de todas las Rusias en Brasil. ¿Era ella la condesa de Río de Janeiro que cautivó sus sentimientos [los de Darío] por aquellos días? Véase Teodosio Fernández (1987), p. 117. Acerca de esta última pregunta, Froylán Turcios relata en sus *Memorias* la asistencia a una cena en la casa de Greta Prozor, a la que también acudieron Darío, Guillermo Valencia y Samuel Bixen. Y afirma que Darío «por ese tiempo sintió reverdecer sus ilusiones por la seductora Greta Prozor, hija del conde Prozor, el insuperable traductor de Ibsen, [y que exaltaba] la admiración a aquella esbelta doncella, dedicando a sus floridos quince años» (MEM, p. 164).

lado, por ejemplo, la afinidad de los poemas «Tréboles de Navidad», de Molina y «La rosa niña», de Darío; lo mismo observa en los poemas «Metempsicosis», que ambos poetas publicaron con el mismo título, y en «Águilas y Cóndores» de Molina y «Salutación al águila» de Darío⁵⁵. Si se comparan todas estas obras, no existe evidencia mínima de plagio, las resonancias obedecen solamente a los mismos temas recurrentes de los modernistas, que se manifiestan en formas comunes de sentir y de enfrentar la realidad.

Molina, por ejemplo, asume el pesimismo, con un tema muy parecido al del poema «Lo Fatal» de Darío: «Como lógica consecuencia en ciertos espíritus, el dolor del pensamiento trae el odio a la vida mental, la secreta envidia por el bruto, árbol o la piedra. Mas, como el animal piensa ¿sufre también, aunque en menor grado? ¿Quién nos dice que al árbol no le sucede lo mismo? ¿Y la piedra?»⁵⁶. Y, al igual que Darío, y la tan citada frase de las «Palabras liminares» de *Prosas profanas*, donde manifiesta «desprecio» al tiempo que le tocó vivir, Molina se sentía digno de otra época: «Siento la nostalgia de un mundo muerto, y, como el dulce Musset, creo que he nacido tarde, que ésta época no es mía, que son otros mis tiempos»⁵⁷. Esta era una actitud común de todos los modernistas, porque considerándose superiores y dignos de su Arte, renegaban de su realidad inmediata por considerarla ramplona y mediocre. Por supuesto, esta situación se agravaba más en los países más atrasados, como los centroamericanos.

A diferencia de Darío, los vuelos poéticos de Molina no pudieron corresponderse con su tenacidad para abrirse paso en otros horizontes donde su poesía seguramente hubiera ocupado el merecido espacio de los grandes nombres de Hispanoamérica. A su regreso a Honduras, a finales de 1906, se encuentra con una guerra que lo empuja al exilio en El Salvador. Allí, sumado al pesar que le produce la pérdida de su esposa; con un espíritu ya abúlico, se entrega al consumo del alcohol y la morfina. En 1912, Rubén Darío escribía en *La Nación* de Buenos Aires, en recuerdo de su amigo hondureño:

No dejaré de consagrar un recuerdo final a Juan Ramón Molina. Buen poeta, fuerte poeta, pereció víctima de aquel medio matador de todo anhelo intelectual que apaga el alma de Centro América. Lo poco que pudo ser lo fue con el machete en la mano, en guerras de su tierra. Apenas una vez logró ver un mundo propio para su talento, cuando le enviaron como secretario de la delegación de Honduras a la conferencia panamericana de Río de Janeiro. Su compañero era Froylán Turcios, el exquisito poeta. Volvió a su país y a pesar de que, a ruego suyo, logré que *La Nación* le nombrase corresponsal en Centro América, se encontró de nuevo aplastado moralmente, no envió ninguna correspondencia, y a poco se suicidó⁵⁸.

⁵⁵ William Chaney, «Juan Ramón Molina»..., *loc. cit.*, pp. 24-25.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 71.

⁵⁷ Juan Ramón Molina, «Copo de espuma», *Tierras, mares y cielos*, Edición de Froylán Turcios, Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1911, p. 22.

⁵⁸ Rubén Darío, «Letras de Centroamérica. Honduras», en *Escritos Dispersos* (recogidos en periódicos de Buenos Aires), Edición de Pedro Luis Barcia, La Plata, Universidad de La Plata, 1977, p. 273.

Ese «medio matador» que señala Darío había sido ya uno de los factores que atribuía Molina, al referirse al suicidio de su compatriota José Antonio Domínguez, uno de los poetas más importantes de la generación romántica hondureña:

En un ambiente como el nuestro, de sorda agresión e indiferencia, el intelectual de veras tiene dos escapatorias para librarse de la muerte por asfixia: o se aísla soberbiamente en su cima, envuelto en su nube, de tal modo que no se digne ver a los genios municipales, acaparadores de gloria barata o al por menor; o les degüella —como si fuesen carneros de un holocausto propiciatorio al arte— sobre su altar de ripios, pacientemente acumulados⁵⁹.

A pesar de no encontrar otra escapatoria en la estrecha vida cultural de su país, y de haber logrado a través de Darío la vía más directa para huir de la asfixia provinciana, Molina escogió el camino más corto y el más terrible: se dedicó al consumo del alcohol y de la morfina. En septiembre de 1908 mientras paseaba con Turcios en una calle de San Salvador, Molina le confesaría a su amigo:

No creo en nada [...]. Mi panteísmo me llevó en una época, a una región ideológica cuya memoria me hace sonreír. No hay nada. Todo es polvo, y ya siento ondular sobre mi cuerpo el gusano que me roerá en el sepulcro. ¿Recuerdas el gusano omnipresente del que habla Poe? Pues en ciertas noches su frialdad roza mi corazón... Sin embargo, si hay un más allá donde el espíritu se magnifica en una radiante atmósfera de perfumes, cuando yo muera buscaré tu espíritu⁶⁰.

Molina ya se encontraba gravemente enfermo, y dos meses después, 1 de noviembre de 1908, muere en la capital salvadoreña a consecuencia de una sobredosis de morfina. Contaba apenas con treinta y tres años y, según lo refleja en sus últimas producciones, estaba en posesión de una poética capaz de competir con las mejores voces hispanoamericanas. Un día después de la muerte de su mejor amigo, exactamente el Día de Difuntos, Turcios confiesa, dirigiéndose al poeta: «Mi espíritu no ha recibido del tuyo el signo de ultratumba... No lo ha recibido... Ni lo recibirá jamás»⁶¹. En 1911 Turcios recogió la obra de Molina en una antología que tituló con el sugerente, cosmopolita y telúrico *Tierras, Mares y Cielos*.

Como periodista, Molina se convirtió en un crítico permanente de las costumbres provincianas de la capital. El 6 de abril de 1906 escribe para la revista *La Nueva Época*:

A las nueve y media, Tegucigalpa duerme el pesado sueño de las ciudades vegetativas. A pesar de su ligero baño de modernismo, es una población a la antigua, melancó-

⁵⁹ Juan Ramón Molina, «¿Por qué se mató Domínguez?», *Tierras, mares y cielos...*, *op. cit.*, p. 123.

⁶⁰ Froylán Turcios, «Juan Ramón Molina», en *Páginas del ayer*, París, Le livre libre, 1932, p. 26.

⁶¹ *Ibidem*.

lica y bostezante y sin tráfico de vida. Quitándole los prestigios del gobierno, esto se convertiría en un camposanto⁶².

Otra de las facetas de Molina fue la de ser un gran polemista. Esto, unido a su carácter soberbio y a lo sarcástico de sus escritos, le acarreó muchas enemistades. El 7 de abril de 1902, un diario de Tegucigalpa informaba: «Motivos de índole personal dieron margen el sábado a las tres de la tarde a un desafío entre los señores Juan Ramón Molina y Enrique Pinel⁶³, el cual debía verificarse en las afueras de Comayagüela»⁶⁴. En este caso, Froylán Turcios, que recogió las versiones de testigos y de los participantes, afirma que los motivos que finalmente condujeron al duelo fueron «obra de una panzona vasija de aguardiente»⁶⁵. Nada extraño, si se considera el temperamento intolerante y la debilidad alcohólica del poeta hondureño.

Para el escritor hondureño Julio Escoto, Molina la emprende fundamentalmente contra tres niveles de conciencia centroamericana: el clericalismo, la mala literatura y los Estados Unidos⁶⁶. Su anticlericalismo es comprensible debido a que en Honduras ni la Independencia, ni la Reforma Liberal, habían logrado superar el conservadurismo religioso implantado desde la colonia. Molina, de ideas liberales, bajo el signo positivista de su tiempo, y que había absorbido las mejores páginas de Nietzsche, Feuerbach y Shopenhauer hacía uso de su pluma para levantar las sotas más respetables de la sociedad hondureña. En cuanto a su crítica a la mala literatura, Molina fue el primero en juzgar, con un criterio muy sólido, la tradición literaria hondureña, desde las *Pastorelas* del padre José Trinidad Reyes (1797-1855), considerado el iniciador de la literatura hondureña, hasta los últimos poetas románticos.

De las *Pastorelas* de Reyes, resalta los errores en la caracterización de los personajes y los anacronismos en que incurre el autor; y así utiliza como modelo la obra *Elisa*:

Después de leerla queda uno preguntándose de qué parte del mundo son esos rústicos, que estudian Anatomía, hablan de pagar a César la contribución, se burlan de los Diputados y piden un trago. ¿Hay algo más gracioso que esta monserga atroz? Creemos que no. Los pastores del Padre Reyes no parecen tales: no hay relación entre lo que dicen

⁶² Juan Ramón Molina, «Cartas», *Tierras, mares y cielos...*, *op. cit.*, p. 216.

⁶³ Enrique Pinel hizo sus estudios en Guatemala y regresó a Honduras en 1890. Fue miembro del equipo de redacción de la revista *El Pensamiento*. Froylán Turcios lo define así: «Firmábase *Pop*, cojeaba a lo Byron, y fue el mejor cronista de su tiempo en Honduras [...]. No he conocido en mi patria otro escritor tan exento como él de envidias, egoísmo y otras ruines pasiones; tan entusiasta por las obras ajenas; tan claro y tan leal a sus amistades». Véase Froylán Turcios, «Enrique Pinel», *Ariel*, núm. 17, 1 de mayo de 1938, p. 481.

⁶⁴ Véase Eliseo Pérez Cadalso, *Habitante de la Osa...*, *op. cit.*, p. 63.

⁶⁵ Froylán Turcios, «Duelo entre Juan Ramón Molina y Enrique Pinel», *Ariel*, núm. 23, 1 de agosto de 1938, p. 638.

⁶⁶ En el prólogo del libro Juan Ramón Molina, *Tierras, mares y cielos*, San José, EDUCA, 1982, p. 12.

y la rudimentaria instrucción que lógicamente tienen las personas que viven y mueren entre las cabras. Luego esos pastores no son de nuestro tiempo, sino de otro muy lejano, nada menos que del tiempo del viejo Herodes. ¿Cómo es que parlan, pues, haciendo uso y abuso de imágenes modernas, declamando con mucho desenfado, dando a conocer que saben lo que nunca han sabido los pastores de antes ni de hoy?⁶⁷

Las observaciones críticas de Molina resultan acertadas, y, aunque severas, sólo representan una muestra del elevado concepto del arte y el religioso perfeccionamiento modernista que poseía el poeta. En él, que era un militante de la intolerancia contra la mala literatura, está presente la noción del creador literario como la de un orfebre de la palabra, según expresa: «Labor difícil y dolorosa es ésta, en que se borda, se burila, se pule, se labra y se armoniza el lenguaje»⁶⁸.

Molina llegó a ser uno de los escritores mejor formados y mejor informados de Centroamérica. Eso se nota en sus escritos en prosa, que fue fortaleciendo a lo largo de su intensa actividad periodística; pero es en su poesía y en sus poemas en prosa donde se revela, sobre todo, el lenguaje preciosista y el caudal de símbolos propios del modernismo. Los textos narrativos de Molina son bastante escasos, y en alguno de ellos, como «El Chele», todavía no supera el costumbrismo; mientras en «La renuncia del escribiente», donde aborda el tema de la insensible burocracia, el relato se enriquece por la fina mirada crítica del narrador, sobre un ambiente y unos personajes que permiten mayor amplitud léxica. En este cuento, como Sara Rolla observa acertadamente, «recuerda la visión punzante y la atmósfera opresiva y melancólica que caracteriza a los cuentistas rusos del siglo XIX»⁶⁹. En «La niña de la patata», además del carácter cosmopolita del relato, concebido en el viaje de regreso a América, que realizaba el autor desde Europa en 1906, ya se advierten los signos de la narrativa modernista. Más que narración, lo que impera en el texto es el discurso lírico, contemplativo, del narrador, cuya imaginación discurre sobre el futuro de una niña que «con los ojos que parecían dos lagos azules, con los burdos zapatitos rotos y el traje raído, envuelta la rubia cabecita en una mala manteleta, una preciosa niña, no mayor de tres años, un lindo querubín entre aquella soez hampa, quería comerse una patata caliente y medio cruda»⁷⁰. La actitud deliberada del narrador, al demorarse en detalles poéticos y estructuras rítmicas, entre la enunciación del sujeto «una niña» hasta el predicado «quería comerse...», indica la orientación del relato hacia la poesía, que lo convierte más bien en un poema en prosa.

⁶⁷ Juan Ramón Molina, «Los poetas hondureños: el padre Reyes», *Diario de Honduras*, 17 de mayo de 1900, p. 2.

⁶⁸ Juan Ramón Molina, «El estilo», en *Tierras, mares y cielos...*, *op. cit.*, p. 158. A propósito, recuérdese lo que señala Aníbal González sobre la metáfora del «taller» entre los modernistas. Véase Aníbal González, «La novela modernista y los orígenes del intelectual moderno en Hispanoamérica», en su libro, *La novela modernista hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1987, p. 21.

⁶⁹ Sara Rolla, «Juan Ramón Molina, prosista», *Revista de la Academia Hondureña de la Lengua*, núm. 5, enero-diciembre de 2001, p. 159.

⁷⁰ Juan Ramón Molina, «La niña de la patata», en *Tierras, mares y cielos...*, *op. cit.*, pp. 146-147. En las siguientes citas se colocará al lado del texto citado el número de página correspondiente.

Al observar a la niña, el narrador también vuelca su afecto: «Una gran tristeza invadía mi corazón» (pág. 147), y se pregunta por el futuro de ella con algunas expresiones no exentas de morbosidad:

¿Cuál sería el mañana de esa deliciosa criatura? ¿Acaso convertida en una linda mujer, alegrará con su tentadora juventud los grandes salones de Nueva York o Chicago, inclinada sobre los libros de cuentas? ¿O tal vez, atediada de su monótono trabajo, se resuelva a ser cliente de los cafés cantantes de Broadway, y beba whiskey y fume, entre un círculo de calaveras, bajo la cruda luz de los faroles eléctricos, al son de la música lasciva de la orquesta? [...] ¿o será carne de burdel en esas casas de citas que trata de disimular el puritanismo angloamericano? (pág. 147).

El mismo narrador tiene la respuesta a todas esas preguntas, que son el producto de su propio alarde imaginativo: «Pero no, angelito de cuatro años, flor de inocencia, inefable pequeñuela, te has de librar del mundo, del demonio y de la carne...» (págs. 147-148). Y cierra el relato con un discurso donde se percibe, más que un afecto paternalista, la atracción erótica hacia la niña, a quien llama antes «deliciosa criatura»: «Tal desea este pálido viajero, este taciturno soñador, que en esta fría mañana otoñal, iluminó su noche anterior con tu risueño amanecer, y gozó del perfume de tu infancia, y bebió el rocío de tus azules ojos, y derramó su angustiada piedad sobre tu cabecita blonda y te amó, en un fugitivo momento de su vida, bajo el plumizo cielo septentrional, entre la áspera vocinglería de las olas del Atlántico» (pág. 148). Dentro de este oleaje sucesivo de estructuras rítmicas y riqueza cromática, se encierran las sugerencias eróticas de los verbos «gozar» y «beber», que sólo sirven para reforzar el «te amó» del final de la frase. Quizá el deseo erótico no esté enfocado hacia esa niña concreta, desvalida, sino a su proyección como mujer de «tentadora juventud», o que será «cliente de los cafés de Broadway» o «carne de burdel», y que se disputarán «el mundo», «el demonio y la carne». Es decir, detrás de esa aparente sensibilidad que despierta al narrador el futuro incierto de la niña, está también el poeta modernista que disfruta del goce de la palabra transgresora. De haber seguido esta línea narrativa, Molina hubiera alcanzado un lugar privilegiado en el cuento modernista.

El sentimiento anticolonialista se percibe claramente en su poesía, como en estos versos finales del tríptico que le dedica a Darío:

la gloria te reserva su más ilustre lauro;
humillar la soberbia del rubio minotauro
como el divino Jorge la testa del león⁷¹.

También es evidente en su prosa, donde, como buen cronista de su tiempo, lanza una mirada visionaria mucho más allá del ruido de las máquinas que despedazan el mar Caribe:

⁷¹ *Ibíd.*, p. 114.

Queda por saber si ese mar, ceñido de una costa ubérrima y lujurianta y esmaltado de islas edénicas, está destinado a ser un gran golfo internacional, o simplemente un lago norteamericano, donde ondee, en el más alto mástil de los cinco acorazados, el pabellón de las barras y de las estrellas. Todo parece, hasta hoy, indicar lo segundo⁷².

Esto último lo escribió en 1906, el mismo año en que escribe el prólogo de la novela *Annabel Lee* de Turcios, donde señala que la narración de su amigo tiene lugar en «uno de los más paradisíacos rincones de la América, donde apenas se inicia la invasión de la horda rubia, ávida de oro y de conquista»⁷³. Al volver a su país, Molina no tendría ni las fuerzas ni el interés por combatir «la invasión de la horda rubia»; se dejó seducir por la muerte, y la apuró a grandes sorbos. La lucha cívica correspondería a su amigo Froylán Turcios, que odiaba el alcohol y el imperialismo.

BIBLIOGRAFÍA

ACEVEDO, Ramón Luis

1982 *La novela centroamericana, desde el Popol-Vuh hasta los umbrales de la novela actual*, Río de Piedras, Universidad de Puerto Rico.

ALBIZÚREZ PALMA, Francisco

1988 *Poesía centroamericana posmodernista y de vanguardia*, Guatemala, Universidad de San Carlos.

AMBROGI, Arturo

1996 «Paul Groussac», en *Crónicas* (1916), San Salvador, Biblioteca Básica de la Cultura Salvadoreña.

ARELLANO, Jorge Eduardo

1999 *Cartas desconocidas de Rubén Darío*, Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua.

ARÉVALO MARTÍNEZ, Rafael

1930 «Cuentos del amor y de la muerte», en *Diario de Centroamérica* [Guatemala], abril de 1930, p. 12.

ARIAS, Arturo

1998 *La identidad de la palabra*, Guatemala, Artemis.

BARRERA, Ernesto M.

1975 «La mitología maya en Miguel Ángel Asturias», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 4, abril de 1975.

⁷² Juan Ramón Molina, «Cartas», en *Tierras, mares y cielos...*, op. cit., pp. 218-219.

⁷³ Juan Ramón Molina, «Prefacio a la novela *Annabel Lee* de Froylán Turcios», en *Tierras, mares y cielos...*, op. cit., p. 6.

- BOJÓRQUEZ, Juan de Dios
1921 «Entrevista a Froylán Turcios», *Revista de revistas* [México], 27 de noviembre de 1921.
- CHANEY, William
1922 «Juan Ramón Molina», Colorado College Publication, núm. 35, 1922.
- COLL, Edna
1977 *Índice informativo de la novela hispanoamericana*, vol. II, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico.
- DARÍO, Rubén
1975 *Poesías Completas*, edición de Alfonso Méndez Plancarte, Madrid, Aguilar.
1977 *Poesías*, edición de Ernesto Mejía Sánchez, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
1977 *Escritos Dispersos* (recogidos en periódicos de Buenos Aires), Edición de Pedro Luis Barcia, La Plata, Universidad de La Plata.
- FERNÁNDEZ, Teodosio
1987 *Rubén Darío*, Madrid, Ediciones Quorum.
- GÓMEZ CARRILLO, Enrique
1898 *Almas y cerebros*, París, Hermanos Garnier.
1974 *Treinta años de mi vida*, Guatemala, José Pineda Ibarra.
- GONZÁLEZ, Aníbal
1987 «La novela modernista y los orígenes del intelectual moderno en Hispanoamérica», en su libro, *La novela modernista hispanoamericana*, Madrid, Gredos, p. 21.
- GONZÁLEZ-RODAS, Publio
1970 «Darío y Estrada Cabrera», en *Cuadernos Americanos*, Año XXIX, núm. 6, 1970, págs. 119-127.
1970 «Rubén Darío y Teodoro Roosevelt» en la misma revista, Año XXIX, núm. 1, 1970, pp. 118-127.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael
1988 *Modernismo: supuestos teóricos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Max
1954 *Breve historia del modernismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- JIMÉNEZ, José Olivio
1998 *La prosa modernista hispanoamericana*, Madrid, Alianza Editorial.
- LIANO, Dante
1984 *La palabra y el sueño. Literatura y sociedad en Guatemala*, Milán, Bulzoni, p. 90.

- LOZANO, Carlos
1978 *La influencia de Rubén Darío en España*, León, Editorial de la UNAN.
- IÑIGO MADRIGAL, Luis (coord.)
1993 *Historia de la Literatura Hispanoamericana* (Vol. II: del Neoclasicismo al Modernismo), Madrid, Cátedra.
- MARICHAL, Carlos
1988 *Historia de la deuda externa de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial.
- MARTÍ, José
1964 «El Poema del Niágara», en *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba.
- MARTÍNEZ CACHERO, José María
1983 «La actitud anti-modernista del crítico ‘Clarín’», *Anales de Literatura Española* [Universidad de Alicante] Núm. 2, 1983, pp. 383-398.
- MOLINA, Juan Ramón
1911 *Tierras, mares y cielos*, Edición de Froylán Turcios, Tegucigalpa, Tipografía Nacional.
1982 *Tierras, mares y cielos*, San José, EDUCA.
1900 «Los poetas hondureños: el padre Reyes», *Diario de Honduras*, 17 de mayo de 1900, p. 2.
- OLIVER BELMÁS, Antonio
1968 *Este otro Rubén Darío*, Madrid, Aguilar.
- ORIHUELA, Augusto Germán
1983 *Las Tres Américas y el modernismo*, Caracas, Centro Nacional de Cultura.
- PACHECO, Napoleón
1923 «Corrientes literarias en América Central», en *Ateneo de Honduras*, núm. 52, 1 de septiembre de 1923, p. 1992.
- PÉREZ CADALSO, Eliseo
1966 *Habitante de la Osa*, San Pedro Sula, Editora Nacional.
- RAMÍREZ, Sergio
1984 *Antología del cuento centroamericano*, San José, EDUCA.
- ROLLA, Sara
2001 «Juan Ramón Molina, prosista», *Revista de la Academia Hondureña de la Lengua*, núm. 5, enero-diciembre de 2001, p. 159.
- SÁINZ DE MEDRANO, Luis
1994 «Los viajes de Rubén Darío por Hispanoamérica». *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 23, 1994.

SCHULMAN, Iván

- 1987 «La estrategia del revés: el modernismo de Rafael Ángel Troyo», *Iberoamericana*, núms. 138-139, enero-junio de 1987.

TORRES BODET, Jaime

- 1975 *Rubén Darío: abismo y cima*, México, F. C. E.

TORRES-RIOSECO, Arturo

- 1944 *Vida de Darío*, Buenos Aires, Emecé Editores.

TORRES RIVAS, Edelberto

- 1966 *La dramática vida de Rubén Darío*, Barcelona, Grijalbo, p. 335.

TURCIOS, Froylán

- 1932 «Juan Ramón Molina», en *Páginas del ayer*, París, Le livre libre, 1932.
- 1937 «Un amargo fracaso», en *Ariel*, núm. 2, 15 de septiembre de 1937, p. 51.
- 1938 «Duelo entre Juan Ramón Molina y Enrique Pinel», *Ariel*, núm. 23, 1 de agosto de 1938, p. 638.
- 1938 «Enrique Pinel», *Ariel*, núm. 17, 1 de mayo de 1938, p. 481.
- 1980 *Memorias*, Editorial Universitaria «Ramón Ouelí», 1980.

VINCENZI, Moisés

- 1921 *Froylán Turcios: su vida y sus obras*, San José, María Linés.

YAHNI, Roberto

- 1974 *La prosa modernista hispanoamericana. Antología*, Madrid, Alianza Editorial.